

INTRODUCCIÓN

De Fernando III sabemos, si no todo, lo suficiente como para tratar los aspectos fundamentales de su biografía. Conocemos peor su época, sobre todo en ciertos niveles básicos como la demografía, el desarrollo económico y la evolución social, aunque es mucho lo que se ha avanzado en el conocimiento de esa primera mitad del siglo XIII en la que, sin lugar a dudas, Castilla y León alcanzaron un *optimum* en la expansión económica, social, demográfica e institucional iniciada en los siglos anteriores.

En este sentido, Fernando III es fiel reflejo de una época pléutica de energías y de dinamismo. Fue heredero de dos grandes monarcas, muy diferentes, es cierto: su abuelo Alfonso VIII de Castilla, el vencedor de Las Navas, y su padre Alfonso IX de León. Desde el punto de vista personal, Fernando debe mucho a su madre, doña Berenguela, a cuya sombra se crio y cuyo consejo inspiró, hasta la muerte de la vieja reina en 1246, su obra de gobierno o incluso muchos acontecimientos de su vida familiar, como sus dos sucesivos matrimonios con Beatriz de Suabia (1219) y Juana de Ponthieu o de Pontis (1237).

La historia tiene mucho de azar. Y Fernando III es buena prueba de ello. Nacido infante de León, el azar comprometió sus derechos cuando el papa Inocencio III ordenó disolver en 1204 el matrimonio de sus padres, Alfonso IX de León y Berenguela de Castilla. Tras largas negociaciones, en 1206 se firmaba el tratado

de Cabrerros por el que se le reconocía como heredero de León, al tiempo que se le garantizaba la posesión de un amplísimo infantado formado por donaciones de su abuelo y de su padre, a las que se sumaron las villas y lugares que, en concepto de arras, pertenecían a doña Berenguela. Quedaba así eliminado como heredero al trono leonés el otro infante Fernando, hijo del primer matrimonio, también disuelto, del rey leonés con Teresa de Portugal. De todas formas, y mientras el futuro Fernando III se educaba en la corte castellana, su hermanastro homónimo frecuentaba con alarmante asiduidad la corte leonesa, titulándose primogénito de Alfonso IX. Su muerte imprevista en 1214 despejó de momento el camino de Fernando hacia el trono leonés. Y, en efecto, desde la primavera de 1216, el joven infante reside en León, junto a su padre.

El azar también le condujo al trono castellano, porque sólo algo tan absolutamente imprevisto como el fallecimiento, a comienzos de junio de 1217, de su tío Enrique I de Castilla permitió su proclamación, también azarosa, en Valladolid el 2 de agosto de ese mismo año, tras la renuncia en su favor de su madre, doña Berenguela, a quien legítimamente correspondía el trono como hija mayor de Alfonso VIII y hermana del rey difunto.

Rey afortunado en la guerra y en la paz, sobre la figura de Fernando III gravita el peso de una larga tradición histórico gráfica fraguada en buena medida, como veremos, durante su propio reinado, prolongada y magnificada en el de su hijo y sucesor Alfonso X, que facilita sin duda el trabajo del historiador. Pero, al mismo tiempo, esta tradición historiográfica, admirativa y encomiástica en grado sumo, impide tratar al personaje con una cierta distancia. A todo ello se añaden otros factores, imposibles de soslayar, que hacen aún más difícil la tarea del historiador. Esta dificultad proviene, por un lado, de la índole misma de las crónicas, tanto las que se escribieron durante su reinado, que en ningún caso superan el año 1236 o, como mucho, 1240, como las que lo completaron. En todos los casos se trata de relatos

que centran su atención casi de manera exclusiva en los avatares políticos internos y, sobre todo, en las campañas militares de Fernando III en Andalucía. El perfil resultante de esta visión de su reinado y de su personalidad es el de un rey guerrero, obsesionado hasta lo indecible por concluir la reconquista, en la que puso el entusiasmo de un cruzado y el de un campeón elegido por Dios para cumplir un destino singular. Por otro lado, esta imagen, que podía haber sido matizada por la documentación salida de su cancillería, apenas si la modifican de manera sustancial los 850 diplomas que han llegado hasta nosotros y que D. Julio González recopilara en una obra fundamental; muy pocos si se compara esta cifra con la de los casi 4.000 que se conocen de su hijo Alfonso X. No obstante, el problema no es tanto el número de los documentos como su carácter repetitivo: confirmaciones de fueros y privilegios, concesiones de señoríos, propiedades y fueros en las tierras recién conquistadas –otra vez con la reconquista en el fondo– y algunas decisiones judiciales. Tan sólo al final de su reinado emergen algunos documentos de cierto interés, como los producidos en las Cortes de Sevilla de 1250, que plantean cuestiones de importancia al margen de la actividad militar del monarca.

Así las cosas, el historiador debe trabajar con los elementos de que dispone, y de nada sirve lamentar que no sean todos los que hubiéramos deseado. Por fortuna, contamos con un conjunto de fuentes que permiten, con las deficiencias señaladas, trazar las líneas básicas del reinado de Fernando III con una bibliografía moderna relativamente abundante y, en algún caso, de gran calidad, a las que me referiré enseguida. Por ello y partiendo de esta información, que no es poca, lo que esta biografía pretende es poner a disposición del lector, en un formato y en un lenguaje asequible, la trayectoria vital de un monarca que cambió el curso de la historia de Castilla y León y, en cierta medida, también la de España. A tono con lo expresado, me gustaría decir que este libro tiene mucho de síntesis y de puesta al día, y algo también de in-

vestigación. Y si algo nuevo o más clarificador hay en él se debe en buena medida a que, como decían los hombres de la Edad Media, hoy vemos más que quienes nos precedieron porque oteamos el horizonte desde la altura gigantesca de su sabiduría.

Como se acaba de indicar, nuestro conocimiento sobre Fernando III se basa fundamentalmente en las tres crónicas escritas durante su reinado por Lucas de Tuy, Rodrigo Jiménez de Rada y por Juan de Soria, y, en menor medida, en la documentación conservada tanto de su reinado como de los reinados de su abuelo, Alfonso VIII de Castilla, y de su padre, Alfonso IX de León. A pesar de que ninguno de estos cronistas pudo cubrir por completo todo su reinado, nos legaron, en cambio, un testimonio de primera mano –en ningún caso aséptico– sobre los veinte años primeros de su biografía política, es decir, desde su acceso al trono en 1217 hasta la culminación de la primera fase de sus campañas militares en Andalucía con la conquista, en junio de 1236, de Córdoba, la antigua capital de al-Andalus.

La primera de estas tres crónicas fue escrita, por orden de la reina doña Berenguela, por Lucas, canónigo de la Colegiata de San Isidoro de León, que andando el tiempo sería elegido obispo de Tuy, de donde proviene el nombre con que se le conoce, Lucas de Tuy, simplemente, el *tudense*. Es, posiblemente, de las tres historias o crónicas la menos conocida y, en apariencia, la más apegada a concepciones historiográficas tradicionales y, en especial, al paradigma que su autor tuvo en mente: las historias de san Isidoro de Sevilla. Su mismo título, *Chronicon Mundi*¹ tiene un cierto sabor a cosa antigua, aunque tampoco hay que dejarse engañar por el título, ya que, como ha señalado agudamente Peter Linehan, el mundo de Lucas de Tuy «se reduce a España, y España a León»². Pero, con independencia de su técnica historiográfica, la obra del tudense es excepcional por muchos conceptos, sobre todo por haber construido un modelo de historia, desde Noé hasta los tiempos de Fernando III, que fue aceptado por el taller historiográfico de Alfonso X e, incluso, aunque de

forma menos explícita y desarrollada, por Jiménez de Rada, el otro gran cronista de la época.

Desde hace algunos años se viene produciendo una cierta revalorización de la obra del tudense, que ha culminado en la edición crítica del *Chronicon Mundi*, de forma que ya no es posible seguir defendiendo la opinión, expresada hace tiempo por algún estudioso, según la cual Lucas de Tuy era un escritor de «una credulidad que más parece de hombre de campo que de un cortesano letrado». Porque el tudense de ingenuo tenía poco y sí mucho, en cambio, de «enzizañador», manipulador y sembrador de campos de minas y dudas, especialmente si de exaltar al reino y sede episcopal de León o de Santiago de Compostela se trataba³. A este interés si se quiere «morboso» de su obra, además de su valor como testimonio histórico, se añade el de su precisión cronológica.

No se sabe con seguridad el lugar de nacimiento de Lucas de Tuy. Se ha supuesto tradicionalmente que era oriundo del propio León, pero la rareza de su nombre ha dado pie a otras conjeturas como la de suponerle originario de Francia o Italia, de donde llegaría llamado por Alfonso VIII para formar parte de «la plantilla del profesorado del *studium* en Palencia»⁴. Lo más probable es que entrase en contacto con la reina doña Berenguela hacia 1230, a raíz de la unión de los reinos de León y Castilla, y que ella le encomendase la redacción de una historia desde los orígenes del mundo hasta sus días. Una primera redacción de la obra pudo estar concluida en torno a 1239, aunque es probable que siguiera trabajando en ella hasta 1241, año en el que tomó posesión de la sede de Tuy, para la que había sido elegido en 1239.

La parte que nos interesa, la correspondiente a los reinados de Enrique I y Fernando III, va del capítulo 92 al 101 en la edición de Emma Falque: diez páginas en total. Tienen, no obstante, el interés de haber sido escritas por un testigo presencial de muchos de los acontecimientos que narra y, desde luego, muy bien informado de lo que sucedía en su tiempo, gracias a su proximidad a doña Berenguela.

Pero el tudense, como los restantes cronistas latinos del siglo XIII, detuvo su historia en 1236, con la conquista de Córdoba. Es en cierta manera sorprendente que no la continuase un poco más, ya que no falleció hasta 1249, a poco de la conquista de Sevilla. En cualquier caso, su crónica concluye con un colofón que no tiene desperdicio, ya que resume en pocas palabras el trasfondo ideológico de la idea de reconquista:

¡Oh cuán bienaventurado es este rey que acabó con el oprobio de los hispanos recuperando la sede de los bárbaros y restituyendo con gran honor a la Iglesia del Apóstol Santiago sus campanas, que habían estado mucho tiempo en Córdoba para injuria y oprobio del nombre de Cristo!

A lo largo de su obra, el tudense pone de evidencia su acendrado «leonesismo», del que se siente profundamente orgulloso, así como de su devoción por san Isidoro de Sevilla, el titular de la institución a la que pertenecía, y por todo lo que su figura representaba. Dentro del neogoticismo ambiental que caracteriza buena parte de la historiografía de la Edad Media, Isidoro, cuyos restos habían sido trasladados a la «regia» ciudad de León, era todo un referente ideológico frente a la supuesta primacía de la sede de Toledo.

La segunda crónica en orden cronológico de elaboración es la llamada *Crónica latina de los reyes de Castilla*, de autor anónimo, aunque existe un general consenso en atribuirle a Juan de Soria o de Osma, conocido comúnmente así por haber sido durante algún tiempo obispo de esta sede. La crónica se interrumpe, como la del tudense, en 1236, con la noticia de la muerte de don Lope Díaz de Haro, ocurrida el 18 de octubre. Según todos los indicios, parece que la crónica acabó de escribirse a comienzos de 1239.

El primer editor de la *Crónica latina*, el hispanista francés Georges Cirot, atribuyó con muy buenos argumentos su autoría a don Juan de Soria⁵. Formado como clérigo en Osma –donde por entonces era canónigo Domingo de Guzmán, el futuro fundador de la Orden de Predicadores– Juan era al parecer natural

de Soria y como Juan de Soria se le designa en un documento de 1218 citado por Julio González⁶. Es probable que entrase al servicio de la reina doña Berenguela, quien lo promocionó al cargo de abad de la Colegiata de Santander y, en 1217, al de canciller de Fernando III, oficio que, sumado al de canciller de León desde 1230, ejercería hasta su muerte en 1246. Fue también abad de Valladolid (1219-1231), cargo en el que se mantuvo hasta su elección en 1231 como obispo de Osma. Unos años más tarde, en marzo de 1236, fue elegido obispo de León, si bien acabó rechazando una oferta tan tentadora ya que ello hubiera significado, según el acuerdo firmado en 1231 con el arzobispo de Toledo, su metropolitano, la renuncia automática a ejercer el cargo de canciller del rey. Sí aceptó, en cambio, en 1238 –dado que no estaba contemplado el caso en el citado acuerdo– su elección como obispo de Burgos, sede de la que, superadas una serie de dificultades, tomó posesión en 1240.

En su condición de canciller de Fernando III accedió a la documentación conservada en los archivos del reino y participó en cuantas negociaciones, tratados, reuniones de la curia regia, hechos de armas y hasta acontecimientos familiares tuvieron lugar en el entorno del rey entre los años 1217 y 1236. Esta posición privilegiada explica lo bien informado que está el autor de la *Crónica latina* y, además, su interés por los acontecimientos de su tiempo tanto en el Papado como en el Imperio y en otros reinos europeos y no europeos. Acompañante asiduo del monarca, la historia reservó a don Juan de Osma el privilegio de consagrar al culto cristiano la mezquita de Córdoba.

Juan de Osma, a diferencia de Lucas de Tuy y del otro gran historiador de la época, el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada, admiradores ambos y decididos partidarios de la reina doña Berenguela, fue un hombre del rey don Fernando. Lo fue, por lo menos, de manera decidida desde 1224, fecha del inicio de las campañas andaluzas del monarca. En efecto, a partir de ese año, Juan de Osma nos ofrece la imagen de un monarca que

es capaz de actuar por propia iniciativa, despegándose cada vez más de la tutela de su madre, aunque sin dejar de colaborar estrechamente con ella⁷.

Su obra fue poco o nada conocida en la Edad Media. Juan de Osma debió de curarse muy mucho de que sus escauceos literarios no llegasen a oídos de su metropolitano don Rodrigo Jiménez de Rada, de quien sabía, por razón de su cargo, que estaba redactando una gran historia sobre «los hechos de España». No quiere ello decir que se tratase de una obra escrita a hurtadillas. Sin ser de forma tan explícita una obra de encargo, como en el caso de las crónicas de Lucas de Tuy y del arzobispo toledano don Rodrigo, la *Crónica* de don Juan de Osma no deja de tener un evidente y lógico carácter «oficialista» dada la personalidad de autor, canciller y confidente de Fernando III. Por ello sorprende que no llegase a circular en la misma o similar medida que otras. De hecho, parece que los colaboradores de Alfonso X no la conocieron. La noticia de su existencia la difundió Nicolás Antonio, el gran bibliógrafo sevillano del Barroco (Sevilla 1517-Roma 1684), atribuyendo su autoría a don Domingo, obispo de Plasencia⁸. Identificados en el siglo XIX varios manuscritos de la *Crónica* en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, fue G. Cirot quien la dio a conocer a comienzos del pasado siglo, como ya hemos señalado.

Nos queda por hablar de la *Historia de los hechos de España*, obra del prolífico don Rodrigo Jiménez de Rada, el *toledano*, como también se le conoce⁹. Se trata de la más elaborada y la mejor escrita de las historias de autores contemporáneos de Fernando III. Más aún, la *Historia Gothica*, como también se la conoce, «es el tronco sobre el que se sustenta una gran parte de la historiografía medieval hispánica. Sólo en el siglo XIII fue traducida al romance al menos tres veces»¹⁰.

Nacido en Puente de la Reina (Navarra) en 1170, el toledano fue una de las figuras eclesiásticas más importantes de su época. Tras varios años de estudio en Bolonia, a su regreso a España en 1207 entró al servicio de Alfonso VIII, quien lo promovió

al obispado de Osma, sede que no llegó a ocupar, ya que antes había sido elegido arzobispo de Toledo, cargo que ejercería hasta su muerte en 1247. Fue enterrado en el monasterio de Huerta (Soria), donde había residido durante los últimos años de su vida. Su sepulcro y restos, milagrosamente salvados de los saqueos de las guerras napoleónicas y del abandono subsiguiente a la desamortización de Mendizábal, han proporcionado un rico ajuar que se exhibe, en parte, en el museo del monasterio citado¹¹.

La obra del toledano es, sin lugar a duda, la más ambiciosa de toda la historiografía latina medieval producida en la península ibérica. De su importancia e influencia baste con decir que fue utilizada por Alfonso X y su taller historiográfico como fuente principal para la redacción de su *Estoria de España* o *Primera crónica general*. A este respecto, don Ramón Menéndez Pidal, su primer editor, escribe:

Las fuentes de historia medieval que más continuamente maneja la crónica son dos bien conocidas: el toledano y el tudense. Siempre el toledano seguido con más respeto, creído ciegamente mejor, y preferido su testimonio al del tudense, tantas veces más fiel, sobre todo en la cronología¹².

La *Historia de las cosas de España* debió de redactarse entre 1237 y 1246. Es sin duda alguna un monumento de erudición y, también, de «castellanismo» exacerbado. El toledano, en un momento determinado de la redacción de su historia, tal vez en 1239, debió de tener acceso a la crónica del tudense, quien había deslizado a lo largo de su obra una serie de afirmaciones que cuestionaban el primado de la Iglesia de Toledo. Ello obligó al toledano a dar a su *Historia* un giro, probablemente imprevisto, para demostrar la primacía de su sede, al paso que su obra se teñía de un cierto antileonesismo¹³.

La obra está dedicada a Fernando III y parece que, como se indica en el prólogo, su redacción le fue solicitada por el propio monarca, que deseaba conocer «el devenir de las Españas» así como el origen y las hazañas de sus antepasados. El toledano

tenía buenas razones para escribir esta obra. A las ya señaladas habría que añadir otra de mucho peso: la ayuda económica que Fernando III había prestado a él y a su sede en la construcción de la nueva catedral, iniciada en 1226.

Jiménez de Rada dedica a los reinados de Enrique I y de Fernando III el libro IX y último de su obra. En dieciocho breves capítulos –en los que, por cierto, el historiador no deja de señalar, cada vez que viene al caso, su participación en los acontecimientos que relata– se narra con bastante detalle lo acontecido entre 1214 (año de la muerte de Alfonso VIII y comienzo del reinado de Enrique I) hasta la conquista de Córdoba (1236). Es cierto que en el último capítulo se habla del segundo matrimonio del rey Fernando (1237) y de la ocupación, en 1240-41, de Écija y otras villas y lugares, pero es tan poca la materia historiadada que se ha llegado a formular la hipótesis de que su dependencia del tudenense es tal que prácticamente concluye su historia donde aquel la abandonó. La alusión en el prólogo al reino de Murcia entre los títulos de Fernando III parece indicar que la obra se concluyó –de forma muy poco brillante, por cierto– en 1243 o, como muy tarde, en 1244. En cualquier caso, a pesar de sus deficiencias y hasta de distorsiones interesadas, la *Historia* es un texto fundamental para el conocimiento del reinado de Fernando III dada la proximidad del toledano a la familia real y, especialmente, a la reina doña Berenguela, a la que elogia constantemente, hasta el punto de dar a entender que nada escapaba a su control e influencia.

La historiografía del siglo XIII dio un paso de gigante en tiempos de Alfonso X, el sucesor de Fernando III. Si con las tres crónicas latinas se había alcanzado un nivel sin precedentes en la tradición historiográfica castellano-leonesa, con el Rey Sabio se abandona el latín como lengua de cultura y se apuesta por el romance castellano y, al mismo tiempo, se crea con la *Estoria de España*, titulada por su primer editor *Primera crónica general de España [PCG]*, todo un género literario llamado a prolongarse hasta el siglo XVI.

Sin entrar ni salir en los múltiples problemas que plantea la historiografía alfonsí, sobre los que existe una amplia bibliografía¹⁴, nos interesa valorar la parte final tanto de la *Estoria de España* como de las otras versiones salidas del taller historiográfico alfonsí, dedicadas al reinado de Fernando III. Esta sección de la *Crónica*, llamada también por algunos autores «Vida de Fernando III», más la correspondiente al breve reinado de Enrique I, ocupa más de mil capítulos, del 1025 al 1133. Su editor, don Ramón Menéndez Pidal, dispuso el texto en dos partes diferenciadas: una primera que prolonga hasta el año 1240 (cap. 1025-1049) y una segunda que abarca hasta la muerte y sepultura del rey, separadas ambas por un capítulo puente que introduce la sección que el autor citado tituló como «continuación de la historia del arzobispo don Rodrigo».

La primera parte es deudora, con las habituales ampliaciones de los compiladores alfonsíes, de la *Historia de los hechos de España*, como puede comprobarse a través de las numerosas referencias a la obra de don Rodrigo Jiménez de Rada. También se utiliza el *Chronicon* de don Lucas de Tuy, aunque en menor proporción. Y la mejor prueba de que la *Historia* del toledano constituye el guion de toda esta primera parte es la advertencia que hacen los continuadores de la *Estoria de España* en el capítulo 1050:

como quier queste arçobispo don Rodrigo fabló mucho de los fechos de los reyes et de las sus uidas, et quáles fueron et cómo acabaron et vsaron de sus poderes, departiéndolo todo en cuento de las sus corónicas, en espide en este logar de la estoria; [...] tomando en este logar et seguimiento de la razón, va aún con tando la estoria cabo adelante, [...] et començóla en el logar ó fincó.

En cualquier caso el engarce entre ambas partes es bastante torpe, ya que los continuadores repiten, con muchos más datos, algunos de carácter casi legendarios, el relato de las conquistas logradas por Fernando III en 1240.

Así pues, la primera parte no ofrece mayor problema. No obstante, no sucede lo mismo con la segunda. El estilo cambia por completo y, lo más importante, algunos episodios, como la conquista de Sevilla (caps. 1076-1126), alcanzan un desarrollo desproporcionado en comparación con las conquistas precedentes. En este sentido, los problemas que plantea la sección final de la *Estoría* son dos, principalmente: sus fuentes de información, que, a diferencia de lo que es habitual en la primera parte, nunca se declaran, y el momento en que fue redactada. En lo que se refiere a la primera cuestión, el autor o autores no señalan cuáles han sido sus fuentes. Este asunto se despacha con las tópicas expresiones de *cuenta la estoria o como adelante contará la estoría*, no muy abundantes, por cierto. En cuanto a lo segundo –el momento de su redacción–, parece advertirse la existencia de varias manos: una que llevó la historia hasta la capitulación de Sevilla en noviembre de 1248, y otra que la prolongó hasta la muerte y exequias de Fernando III. No sería muy difícil admitir que la primera parte de esta segunda sección (de 1240 a 1248) procede de un texto perdido –que Julio González denomina *Estoría de los grandes fechos de rey don Fernando*– que estaría en la base de la versión pidaliana de la *Estoria de España* y también de la llamada *Crónica de veinte reyes* –bautizada así porque cubre los reinados desde Fruela II a Fernando III (910-1240)–, y de otra versión vinculada a esta conocida con nombre de *Crónica de los reyes de Castilla*, de Fernando I a Fernando III¹⁵. Este texto podrían haberlo compuesto testigos de los acontecimientos durante el reinado de Alfonso X, tal es el cúmulo de detalles verosímiles que enriquecen el relato. Quién pudo ser el autor de estos capítulos lo ignoramos. Debió, en cualquier caso, de ser alguien con acceso a la documentación regia como se comprueba por la precisión con que registran los términos del Pacto de Jaén, de 1246, entre Fernando III y Muhammad ibn al Ahmar de Granada y la capitulación de Sevilla. A estos capítulos se adicionaron para completar la historia de Fernando III los últimos, entre los que se inclu-

yen el elogio de Sevilla y los años finales de la vida de Fernando III, concluyendo con el relato de su santa y ejemplar muerte y con el anuncio de un último capítulo, que nunca llegó a escribirse, sobre los *Miraglos que Dios fizo por el sancto rey don Fernando que yaze en Seuilla, después que fue finado*. La opinión más fiable es que toda esta segunda parte de la «Historia de Fernando III» se escribió en tiempos de Fernando IV (1295-1312)¹⁶ y hay hasta quienes se la atribuyen al canónigo toledano e historiador Jofré de Loaysa, muy vinculado a la familia real¹⁷.

La historiografía alfonsí y post-alfonsí apenas aportó nada nuevo a lo establecido en la *Estoria de España*: algunas precisiones toponímicas incorporadas en la versión de esta obra publicada por Florián de Ocampo en el siglo xvi¹⁸ y algunas noticias insertas en la *Crónica Geral de Espanha*, atribuida al conde don Pedro de Barcelos, tienen que ver más con Alfonso X que con su padre¹⁹.

A fines del siglo xv se dio a conocer una *Crónica del santo rey don Fernando, tercero deste nombre, que ganó a Sevilla y a Córdoba y a Jaén y a toda Andalucía*, cuya edición preparó el canónigo sevillano Diego López de Cortegana²⁰. En realidad se trata de un resumen de la *Primera crónica general*, a la que se añadió una serie de milagros datados, a lo que parece, a finales del siglo xv. También a mediados de este siglo se completó la historia del tudense hasta la proclamación de Alfonso X. Añade poco, por no decir nada, a lo ya sabido. Según J. González, parece haber bebido en una crónica, hoy perdida, de don Pelay Pérez Correa, maestro de la orden militar de Santiago²¹. Estos mismos milagros son los que registra el bachiller Luis de Peraza en su *Historia de Sevilla*, terminada al parecer hacia 1536, y repiten, formando ya parte del proceso de canonización de Fernando III, todos los hagiógrafos del rey, desde el jesuita P. Pineda hasta el eminente autor de vidas de santos, también jesuita, Daniel Papebroeck²².

Habría que esperar al siglo xviii para que la historia de Fernando III se despegase de los cauces trillados de las crónicas y de la hagiografía. El mérito de elaborar el primer intento

de una historia moderna, escrita a partir de nuevos materiales, es del jesuita P. Andrés Marcos Burriel, un sabio de los muchos que produjo el siglo de la Ilustración, que conocía los archivos como nadie y, especialmente, los de la ciudad de Toledo. En 1752, por encargo de Fernando VI, muy devoto de su santo patrón, se dedicó a recopilar toda la documentación que pudo encontrar referida al reinado del Santo Rey. El resultado fue una obra titulada *Memorias para la vida del santo rey don Fernando* que no pudo publicar en vida (1762). Lo haría en 1800 Miguel de Manuel Rodríguez, bibliotecario de los Reales Estudios de Madrid²³. El libro del P. Burriel se divide en tres partes. En la primera traza la biografía del monarca valiéndose principalmente de las crónicas y otros testimonios. La segunda parte tiene un carácter netamente hagiográfico y, como complemento, transcribe uno de los muchos libros sapienciales de la época redactados *ad usum principis*, el llamado *Libro de la nobleza y lealtad*, dedicado por su anónimo autor a Fernando III; una serie de testimonios sobre la santidad del monarca; una descripción, redactada a mediados del siglo xiv, del estado en que se encontraba la Capilla Real de Sevilla, donde estaba su sepultura, y el elogio que hizo Alfonso X en el libro *Setenario*. En la tercera y última parte se publican, por vez primera en la mayoría de los casos, varios centenares de documentos —«que a costa de inmensos desvelos he logrado recoger», confiesa el P. Burriel— que constituyen una auténtica colección diplomática de Fernando III. Finalmente, una serie de amplias notas a modo de ilustraciones, en las que comenta y aclara algunas cuestiones curiosas o discutidas, cierra esta obra, que se cuenta entre las mejores que produjo la ciencia histórica del siglo xviii.

Habría que esperar al siglo xx para que la bibliografía fernandina experimentase algún progreso. Hasta entonces, ni lo permitía el conocimiento de las fuentes, a pesar de los materiales aportados por el P. Burriel, ni lo que al parecer interesaba a los publicistas, que no historiadores, que se ocuparon de escribir vidas del monarca castellano: su santidad y, todo lo más, sus he-

chos de armas. Dentro de esta tónica, tal vez la obra más seria es la que escribiera el P. Luis Fernández de Retana²⁴.

Pero antes de que la historiografía franquista asumiera a Fernando III como uno de sus santos patronos, modelo de gobernante y de caballero cristiano, o de que, con motivo del VII centenario de la conquista de Sevilla se produjese una avalancha de discursos y literatura pseudohistórica, un joven catedrático, don Antonio Ballesteros Beretta, recién incorporado a la Universidad de Sevilla, iniciaba sus investigaciones sobre Alfonso X y publicaba un libro fundamental dentro del somnoliento panorama historiográfico sevillano: *Sevilla en el siglo XIII*. Bajo este título se escondía una semblanza de la ciudad recién conquistada y de los personajes que propiciaron la conquista. Completaba el libro, que tenía mucho de ensayístico y literario, como nacido en la culta tertulia del duque de T'Serclaes, un nutrido apéndice de documentos –más de doscientos–, la mayoría de ellos inéditos, procedentes de diversos archivos de la ciudad: catedral, Ayuntamiento y monasterios de San Clemente, Santa Clara y San Leandro²⁵.

A pesar de lo dicho sobre la conmemoración en 1948 del VII centenario de la conquista de Sevilla por Fernando III, la efeméride produjo algunos resultados importantes. Además de un número monográfico de la revista *Archivo Hispalense* dedicado a diferentes aspectos del reinado de Fernando III, con aportaciones de desigual valor²⁶, el Ayuntamiento de Sevilla convocó sendos concursos de monografías históricas que ganaron don Antonio Ballesteros Beretta y don Julio González. La obra de Ballesteros, una monumental biografía de Fernando III, permanece aún inédita²⁷. En cambio, el libro de don Julio González –conquistas de Fernando III en Andalucía y estudio y edición del libro del repartimiento de Sevilla– se publicó pocos años después²⁸. Se trata, sin duda, de la obra más importante sobre la historia de la Sevilla medieval escrita en el siglo xx, pues desveló un panorama absolutamente nuevo sobre el tránsito de la comarca del dominio islámico al cristiano²⁹.

Años antes, don Ramón Carande había dado a conocer un estudio, convertido pronto en todo un clásico, en el que analizaba las transformaciones de la ciudad a raíz de la conquista. En este largo artículo, reimpresso años más tarde en forma de libro³⁰, Fernando III aparece, más que como conquistador, como el impulsor de estos cambios.

Pero, sin ningún género de dudas, la obra fundamental de don Julio González, fruto de su madurez científica, es su libro *Reinado y diplomas de Fernando III*, obra con la que cerraba toda una vida dedicada al estudio de un siglo de historia de Castilla y León³¹. Pertrechado de una erudición exhaustiva, don Julio analiza con todo detalle el reinado del Rey Santo en un primer volumen de «Estudio» de más de quinientas páginas. En los dos volúmenes restantes se publica la documentación conservada del monarca castellano-leonés: 852 diplomas procedentes de los más variados archivos, principalmente del Histórico Nacional de Madrid.

El libro de don Julio González es una obra difícilmente superable. Como sus grandes publicaciones anteriores sobre Alfonso IX de León y Alfonso VIII de Castilla, el *Fernando III* del historiador palentino es mucho más que una biografía en sentido estricto, ya que el autor analiza en toda su extensión y profundidad el largo reinado del conquistador de Sevilla.

La huella de don Julio González se percibe con fuerza en el reciente panorama historiográfico. Del mismo, me interesa destacar un par de biografías: académica, una; más tradicional y divulgativa, otra. La primera es obra del sabio jesuita Gonzalo Martínez Díez y se publicó en la colección «Reyes de Castilla y León», promovida por la Diputación de Palencia y la editorial burgalesa de La Olmeda³². Se trata de una obra, a caballo entre la investigación y la alta divulgación, precisa, escueta y clara. La segunda, debida a la fértil pluma del sacerdote sevillano Carlos Ros, pretende, como el autor señala en la nota preliminar, «buscar el lenguaje más sencillo para describir la figura de un rey que plantó las raíces de la Sevilla de hoy»³³.